

7 de enero de 1986

Página 1

He llegado al valle de Ostara en uno de los inviernos más fríos que se recuerdan en la comarca. Me ha traído la casualidad. Un giro a la izquierda cuando debí hacerlo a la derecha. «Así se traza el destino», he pensado cuando un desfiladero me ha indicado que estaba en la zona más profunda del valle.

Todo mi equipaje consiste en una pequeña maleta hecha con prisas y un casete de Depeche Mode. Si debía marcharme no iba a esperar ni un minuto más. Supongo que cuando alguien empieza a escribir un diario es porque quiere contarlo todo de sí misma. No sé si ese es mi objetivo. Ni siquiera estoy segura de cuánto durará esta nueva afición antes de que la deje. Quizá mi padre tuviera razón: «Solo eres constante con aquello que no sirve para nada». Este coche es el único regalo que jamás me ha hecho, un Renault 5 de tercera mano con un carburador que da problemas. Dijo que si quería quitarme de en medio al menos que tuviera la certeza de que me largaba lo suficientemente lejos como para no volver. Y esta tarde el maldito carburador lo ha hecho de nuevo. Ha decidido ahogarse en la carretera más perdida e inhóspita del entorno, justo cuando una copiosa nevada empezaba a borrar cualquier señal de civilización. Al principio solo he sentido fastidio. Necesitaba llegar cuanto antes a cualquier lugar donde poder darme una ducha caliente y descansar un poco, y ese imprevisto lo ha dilatado todo. Han pasado los minutos y después las horas y el disgusto ha dado paso al miedo. Me he sentido perdida, helada, y la noche que estaba casi encima iba a ser aún más fría. No tenía mantas ni comida ni más refugio que ese viejo coche que empezaba a congelarse a cada embiste del viento.

Todo era blanco a mi alrededor, ni árboles, ni musgo, y ya no quedaba signo alguno de la carretera. He deshecho la maleta y me he arropado entre tiritones con todo lo que había en su interior, jersey sobre jersey, guante sobre guante, pero el frío penetraba entre las desgastadas juntas de metal escarchando la humedad interior.

Ahora casi sonrío al recordarlo, pero puedo asegurar que ha llegado un momento en que he tenido la certeza, la absoluta certeza de que iba a morir allí, aterida y sola.

Entonces he visto una luz a lo lejos, difusa entre los copos de nieve.

Y tras aquel destello estaba él.

1

Valle de Ostara, hoy en día

Camila jamás accedía al hotel por la puerta trasera, a pesar de las repetidas advertencias de su madre, que insistía en que el vestíbulo y la entrada bajo la marquesina eran terreno exclusivo de los clientes. Era una cuestión de principios, una forma de no doblegarse a los absurdos convencionalismos que reglaban la vida en aquel pequeño pueblo perdido en el corazón del valle.

—Llegas temprano —le dijo Flavia, su compañera de trabajo, al verla aparecer.

—No tenía nada mejor que hacer —contestó Camila mientras soltaba su mochila sobre la destartada recepción del hotel. Lo cierto era que se había apresurado con los recados para que su amiga, que tenía hijos pequeños, pudiera salir antes—. ¿Por qué no te marchas ya? Yo me encargo de todo. ¿Ya se han instalado los huéspedes del día?

—El huésped, querrás decir —puntualizó su compañera—. Y sí, ha llegado a media mañana. Ha salido a comer, pero en un par de horas estaba de vuelta. Lleva refugiado en su cueva desde entonces. Solo ha dado señales de vida para quejarse. Me temo que es uno de tus *Robafuegos*. Si no conseguimos que se acueste pronto creo que te va a dar la noche. Lo he alojado en la 204 para que al menos tenga que pensárselo si quiere bajar a presentar otra queja.

Le tendió a Camila la hoja de registro a la que estaba grapada la fotocopia del carnet de identidad de aquel único huésped del hotel. Como apenas quedaba tóner en la fotocopidora, con esa imagen borrosa era imposible hacerse una idea de qué aspecto tenía. Sus datos estaban escritos a mano justo encima de una firma tan simple que parecía una cruz tachando su nombre: «Daniel N. Soto». Aquella letra

solitaria seguida de un punto la intrigó hasta darse cuenta de que su cabeza llevaba unos segundos buscando una explicación. Debía de tratarse de un segundo nombre horrible como para omitirlo de su identificación.

—Ya encontraré algo con lo que cerrarle la boca si se pone pesado —aseguró Camila mientras pasaba al interior de la recepción y colgaba la cazadora en el armarito de personal.

El Hotel Savoy era uno de los pocos recuerdos del pasado glorioso del valle. Hacía ciento cincuenta años alguien encontró una veta de plata inserta en una de las elevadas paredes de los desfiladeros y la prosperidad se acomodó en Ostara. Se alzó un casino, una galería comercial, y un quiosco de música. El primero servía hoy en día para poco más que las reuniones del Consejo, la segunda había cerrado sus puertas hacía décadas y el tercero se había oxidado con el paso del tiempo hasta que fue demolido en 1974. Hubo dos hoteles más que intentaron aprovechar las aguas termales de la zona, pero no sobrevivieron. El viejo Hotel Savoy era una reliquia que se sostenía a duras penas sobre sus cimientos. La madre de Camila lo regentaba desde hacía años, con más sombras que luces, esforzándose cada día en sacarlo adelante. El único lleno del año era el fin de semana del Festival; el resto de días había que hacer malabares para poder pagar las facturas, aunque los fines de semana de otoño y primavera no funcionaban del todo mal.

—¿Alguna otra novedad? —preguntó Camila mientras se ajustaba el chalequillo sobre su camiseta, único uniforme de las recepcionistas.

—La caldera ha vuelto a dar problemas, pero hasta mañana no pueden venir a arreglarla. He insistido para que sea a primera hora.

—Los problemas con la caldera ya se han convertido en parte de nuestra cotidianidad, no es una novedad.

Flavia sonrió y repasó su jornada mentalmente, contando con los dedos cada incidencia.

—Al final he precintado la 106. Si se abre el grifo del lavabo, el agua llega hasta aquí. Mejor no arriesgarnos. ¿Crees que estará arreglado para el Festival?

—Eso espero, pero la lista de prioridades crece cada día.

—Y ha venido Ulises Roy —comentó con una mueca de disgusto—. Quería hablar con tu madre o contigo. No ha dejado recado.

Camila se descubrió imitando aquel rictus de desagrado. Nombrar al viejo Ulises Roy era sinónimo de problemas. ¿Por qué alguien con tanto dinero, con tantas posibilidades como para llevar una vida relajada, se empeñaba en amargársela continuamente a los demás?

—¿Mi madre ya se ha marchado? —se extrañó. No la veía desde la hora del desayuno y no la había llamado en todo el día.

—Tenía dolor de cabeza. Se ha pasado todo la mañana encerrada en su despacho repasando facturas. La he convencido para que se largara a casa a mediodía. Aun así no lo ha hecho hasta estar segura de que el nuevo huésped no necesitaba nada más.

Camila se ajustó la chapa de identificación sobre el pecho donde rezaba un «Sta. Blancar» que nunca le había gustado. ¿No era mejor un simple «Camila»? Pero su madre era insistente en los detalles.

—Un día redondo en el valle de Ostara —declaró mientras introducía su clave en el ordenador. Iba a echar de menos todo aquello a pesar de lo que lo odiaba—. Vete ya, que así te dará tiempo de dar un paseo con tus pequeños antes de la cena. Yo me ocupo de todo.

Flavia asintió. Ya se había cambiado. El clima era estupendo para ser mediados de marzo y los preparativos del Festival hacían del pueblo toda una aventura para sus hijos. Seguramente aquel tiempo casi estival se estropearía más adelante, pero por ahora era mejor disfrutarlo.

—¿Sabes? El tipo de la 204 se merece una entrada en ese blog tuyo —comentó antes de salir por la puerta de servicio—. Y si no, ya me dirás cuando lo conozcas.

Camila sonrió.

—Tendrá que ganárselo. Lady Expiación no le da ese honor a cualquiera.

2

Éran cerca de las ocho de la tarde cuando recibió la primera llamada. No tuvo que mirar la pantalla de la centralita para saber que provenía de la 204. ¿Quién más podía ser? Camila había estado ordenando los viejos folletos turísticos que se exponían en un mueble adjunto a la recepción, había echado un vistazo a la caldera sin saber muy bien por qué, pues no sabía nada de fontanería, y ahora repasaba las próximas reservas, más bien escasas, para ver qué trabajo tendrían hasta el Festival, cuando sí habría un lleno total. Descolgó el teléfono y puso su voz más educada.

—Habla con recepción, ¿en qué puedo ayudarle, señor?

—*Por favor, súbanme una botella de agua. Le llamo de la 204* —dijo una voz masculina y bien modulada—. *Y que esté fría. En la nevera no queda ninguna.*

Allí estaba, tal y como le había advertido Flavia. Lo fácil hubiera sido atender su petición, pero su experiencia le decía que si daba campo libre a clientes quisquillosos como aquel no la dejaría en paz hasta que se marchara.

—Lo siento, señor —se disculpó Camila, con la intención de parecer convincente—. El hotel no dispone de servicio de habitaciones en esta época del año. Dos calles más abajo encontrará...

Daniel no le permitió terminar.

—*La entiendo, pero en este momento me es difícil bajar y le aseguro que tengo sed. Nunca imaginé que en un sitio como este hiciera tanto calor.*

La duda venteó por la cabeza de Camila. Si hacía algo tan simple como subirle una botella de agua helada aquel tipo quizá se callara y la dejara en paz. Pero sabía que no sería así. Tanto ella como Flavia sabían detectar a esa clase de clientes que necesitan socorro incluso para doblar una toalla de baño.

—¿Ha intentado beber agua del grifo, señor? —sugirió al fin, intentando no parecer desagradable—. Nuestro valle es famoso por sus ricos manantiales.

Por respuesta recibió un par de segundos de silencio y después el huésped colgó. Aquella estrategia con los clientes pelmazos era infalible: levantar un muro infranqueable para que en todo momento supieran que no tenían el poder.

Satisfecha, terminó de repasar las reservas hasta finales de mes para después hacer un ligero recuento de sábanas y toallas en el gran ropero adjunto a la salita de personal. No es que hiciera falta con tan pocos clientes, pero su madre quería cada miércoles un informe con todos aquellos detalles porque le daban la sensación de que aún dirigía un gran hotel. Diez minutos más tarde, el teléfono volvió a sonar, pero esta vez a Camila no le dio tiempo a saludar.

—*Ya sé que no tienen servicio de habitaciones* —dijo el huésped—, *pero ¿me podría indicar alguna pizzería donde puedan traerme algo de comer? Estoy trabajando y si lo dejo ahora para ir a cenar las ideas volarán de mi cabeza.*

Sabía que en Domino's servían comida para llevar durante toda la temporada, pero no le quería poner las cosas fáciles a aquel tipo. Su madre diría que a veces era demasiado agria con los clientes. Ella sabía que en este caso la animadversión que sentía por un individuo al que ni siquiera había visto era por otro motivo. La palabra mágica que había escapado de los labios de Flavia casi sin darse cuenta: *Robafuegos*.

—Lo siento, señor —informó de nuevo con voz educada—, pero en esta época del año no hay servicios a domicilio. La más cercana...

Daniel colgó de nuevo sin esperar respuesta, lo que hizo que Camila se sintiera satisfecha. A aquel tipo no le quedaría más remedio que bajar si no quería pasar hambre esa noche. Por ahora tenía todas las papeletas como candidato a ser un *Robafuegos*, pero quedaba la prueba visual. Sin ella podría ser solo un idiota más.

A las diez de la noche el huésped no había vuelto a dar señales de vida, por lo que Camila supuso que le tocaría pasar una noche tranquila. Iba a echar el pestillo a la puerta principal cuando alguien la hizo girar y entró en el vestíbulo.

—Espero que no sea muy tarde y que tu madre no se haya marchado ya.

Camila intentó disimular el desagrado que le producía aquel hombre, pues sabía que debía mantenerse a raya.

Ulises Roy era el dueño de medio pueblo y, por supuesto, también de aquel hotel. Había sido su padre, el viejo Homero, quien se lo había alquilado a su madre de forma indefinida por un montante que se actualizaba año tras año. Algunos pensaban que era un auténtico chollo, pero ella, que conocía bien las cuentas del Savoy, debía reconocer que nada más lejos de la verdad, pues las deudas de alquiler estaban asfixiando su maltrecha economía. Ulises Roy rondaba los sesenta años. Su nariz afilada y recta, que se asemejaba al pico de un ave rapaz, su rostro enjuto, con la piel apergaminada pegada a los huesos, y unos ojos profundos y opacos que causaban repulsión, eran la viva imagen de la mezquindad. Era como una versión oscura y tétrica de su hijo.

Aquiles Roy, el hijo, siempre había sido un buen amigo de Camila. Incluso habían tonteado en el instituto. Era un chico guapo y alegre, en nada parecido a su padre, y en estos momentos salía con su mejor amiga, Flora, aunque ambas sabían que era solo un flirteo que no duraría mucho...

Camila sacudió la cabeza para apartar todos aquellos pensamientos. Su cabeza y ella eran dos mundos aparte. La primera se llenaba de ideas y fantasías en cuando cerraba los ojos y ella intentaba traerla a la realidad. Que Ulises estuviera allí solo tenía una explicación.

—Mi madre hoy no ha tenido un buen día —explicó sin invitarlo a pasar más allá del vestíbulo— y yo iba a cerrar en este momento.

Ulises dudó un instante, pero al final decidió que ella misma le valdría.

—Bien. Tú o tu madre, da lo mismo. Lo que tengo que decirte os afecta a las dos.

—Señor Roy, mi madre y yo...

—El plazo expira tras el Festival —masculló, mientras la señalaba con el dedo, gesto que ella no solía tolerar bien—. Ni un día más. Creo que he sido suficientemente paciente y claro. No quiero que el día después haya dramatismos ni escenitas. Tratemos esto como adultos.

Su madre, de estar allí, le hubiera dicho que se callara, sonriera, y le dejara esas cosas a ella. Pero por suerte no se encontraba en aquel momento.

—Pues yo creo que paciente no es la palabra que lo definiría, señor Roy —dijo Camila sin apartarse un ápice de donde estaba—. Si tuviera algo de corazón no le pisaría usted el cuello a mi madre. Sabe de sobra cuál es nuestra situación financiera. La de este pueblo, la del país entero. Mi madre lleva toda la vida regentando este hotel. Esto es su mundo, es todo lo que conoce, es todo lo que ha hecho y donde ha invertido cada céntimo que ha ganado. Y es una mujer honrada. Le pagaré cada euro que le debe, pero dele tiempo, por favor.

—Y yo no soy una ONG —le espetó el hombre cruzando las manos sobre el vientre—. Las obligaciones hay que cumplirlas, porque eso hago yo con las mías.

—Si sabe que no vamos a poder pagarle a tiempo... ¿Por qué no nos echa ya? ¿Por qué esperar hasta que termine el Festival?

Ulises Roy sonrió, pero no había cinismo tras aquellos labios descoloridos, sino algo distinto y más oscuro.

—Porque es lo que me pidió tu madre y soy un hombre de palabra. Hasta el día después del Festival. No tengo nada más que decir. Cuida tu lengua y no abuses de mi paciencia.

Ahora sí había llegado el momento de callarse. Sabía que aquel hombre era peligroso y cruzarse en su camino era un error que se pagaba caro.

—Será mejor que se marche —dijo Camila indicando la gran puerta giratoria—. El hotel aún es nuestro. Al menos hasta que usted nos eche.

Él se ajustó la impecable chaqueta de paño gris antes de largarse.

—Por poco tiempo, querida. Por poco tiempo.

3

—¡No hay agua! ¡No hay ni una jodida gota de agua!

Camila escuchó una voz por encima de la música de los Red Hot Chili Peppers que sonaba en sus auriculares. Hacía rato que le había parecido oír algo, incluso había bajado el volumen del aparato, pero eran las dos de la madrugada, la puerta de acceso al hotel estaba cerrada con llave y en el edificio, aparte de ella, solo estaba alojado un tipo que debía de llevar horas durmiendo... o no.

Solo entonces levantó la cabeza y abrió los ojos, dejando de aporrear la guitarra inexistente que tocaba siempre que escuchaba a los Chili Peppers a solas... y lo vio.

El tipo que estaba delante de ella, justo al otro lado del mostrador, estaba desnudo.

O casi.

Solo se cubría con una toalla que a duras penas se mantenía atada a su cintura y donde resaltaba, en un azul profundo sobre blanco, el nombre «Hotel Savoy». Pero eso no era lo más extraordinario. Aquel hombre estaba cubierto de espuma. Su cabello se perdía bajo una capa de pompas blancas al igual que sus hombros y su pecho. Los ojos enrojecidos podían deberse a eso, o quizá al tremendo enfado que parecía llevar encima. Estaba descalzo y la señal húmeda de sus pisadas atravesaba la alfombra del vestíbulo hasta perderse por las escaleras.

A Camila no le quedaron dudas, era el único huésped del hotel.

Ante aquel panorama, Camila decidió que lo mejor era darle a aquella situación apariencia de normalidad.

—No tenía por qué haber bajado, señor —le dijo con más inocencia de la que sentía—. Podría haber llamado desde el teléfono de la habitación...

—Y eso he hecho durante quince minutos —le espetó él señalán-

dola con un dedo mientras con la otra mano intentaba que la toalla no se le cayera—, pero nadie me ha contestado, y ahora veo por qué.

La situación no dejaba de ser divertida, pero Camila no estaba muy segura de cómo se lo tomaría aquel tipo si soltaba una carcajada.

Era bastante alto, mucho más que ella. Por encima del metro ochenta. Lo siguiente que resaltaba era su buena forma física. Aquel tipo debía de ser deportista o algo por el estilo. Le vino a la cabeza el rugby aunque también el waterpolo. Decidió que podía resultar atractivo a pesar de parecer en aquel momento un hombre-merengue. Sus ojos se vislumbraban claros, grises o verdosos, aunque ahora estaban inyectados en sangre. Y tenía una boca atractiva, eso era indiscutible. Le llamaron la atención un par de tatuajes, uno sobre el pectoral derecho en forma de planta que se retorció sobre sí misma, y el otro bajo el izquierdo, una palabra que no pudo leer porque estaba semienterrado en aquel mar de espuma.

Su compañera tenía razón. Era un ejemplar perfecto de *Robafuegos*, con todas las papeletas para protagonizar un nuevo anuncio del perfume *Invictus*. De hecho había elegido para cubrirse la toalla en vez del albornoz que había tras la puerta del baño, una señal inequívoca de que aquel tipo tenía un subconsciente *Robafuegos* de primer nivel.

—Entonces... ¿puedo ayudarle en algo, señor? —preguntó Camila obviando lo evidente.

Él lo encajó mal y reaccionó poniendo las manos en las caderas, lo que le daba un aspecto aún más absurdo.

—¿Usted qué cree?

—La caldera ha debido de fallar de nuevo...

—¿Y cómo piensa que me voy a quitar todo esto de encima?

A Daniel aquella mujer le parecía exasperante. Había estado en muchos sitios, en muchos hoteles, pero jamás se había encontrado tan mal atendido como allí.

—Quizá haya abusado del champú —comentó ella sin poder apartar la mirada de la empanada espumosa de su cabeza.

Él la observó en silencio durante unos segundos. Entornó los ojos y la miró de una forma que sabía que podía llegar a intimidar.

—¿Se está burlando de mí? Le advierto que no estoy para estas payasadas.

Camila comprendió que esta vez se había pasado. Aun así no le agradó nada el tono con que se había dirigido a ella. Aquel tipo parecía no tener ni una pizca de sentido del humor.

—No es mi intención, pero me temo que no está en mi mano ayudarle, señor.

—Pues llame a alguien —insistió él—. Busque una solución.

—Son las dos de la madrugada. Nadie se baña a esta hora.

Daniel rebufó. Vale que el agua se hubiera cortado a mitad de una ducha. O que en recepción no le hubieran cogido el teléfono. Incluso podía aceptar el haber bajado desnudo hasta el vestíbulo para hacerse oír... pero aguantar las impertinencias de aquella mujer sobrepasaba todos los límites.

—Señorita... —Se acercó para leer su placa— Blancar... Me importa un bledo lo que hagan los demás, me importa un bledo lo que opine usted. Haga lo que deba, pero quiero terminar mi ducha. Ahora.

Ella tuvo que inspirar para no soltar un impropio a pesar de que el estado de nervios de aquel tipo se debía inequívocamente a ella. Su madre no se lo perdonaría. Y menos con el único huésped de aquella semana. El que permitiría que pagaran a la lavandería o al fontanero. No tuvo que rebuscar mucho entre los ordenados papeles de la recepción para encontrar la ficha de registro, e hizo como que la leía.

—Señor... Daniel N. Soto —remarcó la letra solitaria, segura de que eso le molestaría—. No voy a hacer nada. No hasta que amanezca. No hasta que hacerlo sea realmente posible. No voy a despertar a nadie porque a usted le haya apetecido darse una ducha a las dos de la madrugada. Y si lo ve inadecuado —señaló en dirección a la puerta—, hay un hotel a treinta kilómetros por esa carretera.

Aquel hombre apretó los puños, los abrió y los volvió a cerrar con fuerza. Por un momento Camila creyó que la toalla se le iba a resbalar por las caderas.

—Usted... usted.

—Hay más toallas en el ropero —continuó ella dando por zanjada la conversación—. Con limpiarse un poco toda esa espuma al menos parecerá normal.

Él le lanzó una mirada asesina y Camila tuvo la certeza de que acababa de ganarse un nuevo enemigo. Si aquel tipo presentaba una queja formal al día siguiente, su madre tendría una larga conversación con ella, de las serias, pero nada podría enturbiar el placer que le acababa de producir poner a un *Robafuegos* en su sitio.

Daniel se dio la vuelta sin más y subió los escalones a la planta superior de unas pocas zancadas. La otra opción era pedir el libro de reclamaciones o cantarle las cuarenta a aquella señorita que parecía muy ofendida con su presencia. Había decidido que no merecía la pena. Tenía cosas que hacer, una misión que cumplir y no podía perder su energía en aquello.

Camila lo observó mientras desaparecía. Sí, debía de ser deportista, porque la habitación 204 estaba justo en el otro extremo del edificio y acababa de oír cómo la puerta se cerraba de un portazo.

4

El Blog de los Robafuegos, by Lady Expiación

Peligro en la ciudad

¡Ostara está en peligro porque un nuevo espécimen de *Robafuegos* recorre nuestras calles! Impertinente, soez, maleducado, corto de sesera y con unos bíceps de infarto. Ese es el perfil del nuevo ejemplar de macho alfa descerebrado que vamos a ver ir y venir buscando quién sabe qué por nuestro valle.

¿Que no sabemos qué busca?

Pues claro que sí.

Los *Robafuegos* siempre quieren lo mismo: sexo rápido y sin compromiso. Aquí te pillo, aquí te mato. Y si es de pie sobre la tapia del mercado, mejor.

Eso y hablar de fútbol delante de una cerveza.

O de diez.

¡Chicas, escondeos en vuestras casas!

¡Chicos, sacad las guadañas porque todos estamos en peligro!

¿Qué hará el nuevo *Robafuegos*? ¿Con quién conversará? Esas son dudas que se desvelarán en los próximos días. Fuentes muy fiables... (jjjjj)... me dicen que al menos tiene reserva en el hotel hasta el cierre del Festival.

¿Para qué ha venido? ¿Qué le trae a este hermoso valle perdido? Pues me temo que en esta ocasión os vais a quedar con las ganas de saberlo, amigas mías, porque una servidora ha decidido alejarse de tamaño estúpido (y es grande, muy grande) porque ya está hasta las narices de tíos macizos e imbéciles.

¿Que soy una deslenguada? Pero eso tú ya lo sabes, querida lectora, y precisamente por eso me quieres.

Lo dicho. Nuevo espécimen en nuestro querido pueblo que hará las delicias de las más atrevidas y nos entretendrá a quienes nos mantengamos a una prudente distancia.

¡Duerme, pero diviértete entre las sábanas!

(12 comentarios)

5

—Doce comentarios. Estás que te sales —le dijo su amiga Flora tras vaciar medio sobre de azúcar en la lengua—. Habrá que echarle un vistazo a ese nuevo *Robafuegos* sin que me vea Aquiles.

Camila sonrió mientras se llevaba su taza a los labios. Debía reconocer que su blog era todo un éxito. La seguían desde todos los puntos del planeta, lo que no dejaba de asombrarla. El día que recibió un comentario desde Viti Levu invitándola a pasar allí sus vacaciones tuvo que tirar del mapa y, cuando descubrió que aquella ciudad se encontraba en Islas Fiyi, casi le dio un infarto. Por supuesto no fue. Tenía que trabajar en el hotel y coincidía con la época del Festival. Pero quizá en un futuro...

Sobre su blog... no tenía un objetivo claro de entradas, sino que las escribía cuando encontraba algo interesante sobre lo que hablar y que tuviera como protagonista a un tipo como aquel que se alojaba en su hotel. Quería que fuera desenfadado, divertido, alocado. Quizá no un retrato muy fiel de ella misma, pero sí de la imagen que quería trasladar al mundo.

«El Blog de los Robafuegos» nació tres años atrás, cuando decidió que no quería volver a tener a un gilipollas cerca de ella. Con sus antiguos novios tenía de sobra. Y es que Camila, por lo que decían, arrasaba la misma mala manía que su madre: enamorarse de desgraciados guapos y miserables.

Contarlo en su blog era una forma de sentirse bien y también de recordarse a sí misma que ni uno más. Por encima de su cadáver. Había empezado a escribir artículos soporíferos sobre su mala suerte con los hombres, pero se había dado cuenta de que una chispa de humor y de poca vergüenza conseguía mejores resultados. Desde entonces sus lectoras se habían vuelto entusiastas.

—Cuando he acabado mi turno de noche ese tipo aún no había

bajado, pero no te extrañe que lo veamos pronto vagando por el pueblo —respondió a su amiga.

Se encontraban en la única cafetería de Ostara. Olimpo era un nombre demasiado ambicioso para aquel pequeño local, junto al Savoy, que por la mañana servía desayunos continentales a los huéspedes del hotel y, por la noche, cócteles de champán a quien quisiera acercarse. Las dos amigas se reunían allí por la mañana temprano cuando Camila tenía turno de noche y Flora aún no había entrado a trabajar. Diez minutos escasos donde ambas se ponían al día de sus asuntos.

—¿Tienes planes para hoy? —le preguntó Flora terminando el segundo sobre de azúcar—. Podríamos ir a la ciudad. Hay un concierto de rock en aquel garito que tanto te gusta. Aquiles puede llevarnos.

—Le he prometido a mi madre que la ayudaría con el inventario y por la tarde tengo reunión del Consejo. Si vais a ir, por favor, no me cuentas nada.

—¿De dónde ha salido ahora la buena hija? —se sorprendió Flora. Por lo que recordaba, siempre se habían llevado como el perro y el gato.

Camila parecía preocupada esa mañana. Lo cierto es que llevaba semanas así. Sabía que detrás de todo aquello estaba el cierre del hotel. Su madre tenía la edad justa para no saber qué hacer con su vida después de que le quitaran aquello por lo que había luchado siempre, y Camila... Bueno, Camila había aparcado sus planes de marcharse de nuevo a la ciudad, de terminar su carrera de Bellas Artes y de iniciar una nueva vida lejos de aquel valle hermoso pero asfixiante que amaba y odiaba con la misma intensidad.

—Mi madre lo está pasando muy mal con todo esto —le dijo a su amiga—. Creo que debo guardarme mi orgullo hasta que las aguas se calmen. Después... ya veremos.

—¿El padre de Aquiles no..?

Era un tema que últimamente salía demasiado.

—Ese viejo cascarrabias debería meterse la...

—No termines esa frase, muchachita —sonó una voz a sus espaldas.

Ambas se volvieron y allí estaba Filipa, como si supiera que estaban hablando de ella. La madre de Camila en el pasado había sido una mujer bonita. Incluso ahora guardaba las formas felinas y elegantes que había heredado su hija. Sin embargo, aquel rictus de amargura que desdibujaba su rostro desde hacía años la volvía fría y distante. Era como una máscara de cera que la alejaba de todo lo que pudiera causarle dolor, y también placer. Ambas tenían el mismo cabello negro intenso, aunque Filipa lo llevaba corto, enmarcando su mandíbula, y había decidido no cubrirse las canas. Eso le aportaba un aspecto aún más envejecido, que ni su manera de vestir informal, aunque algo gris, lograba paliar.

—Mamá, llegas temprano.

Ninguna de las dos hizo por saludarse más allá de un simple gesto con la mano.

—Hay muchas cosas que hacer —le contestó su madre—. Si no has terminado muy cansada del turno de noche, te espero en el hotel. No te entretendré demasiado.

—¿Ni siquiera te tomarás un café con nosotras? —la invitó Flora.

—¿Y dejar que mientras el barco de hunda? —Filipa hizo un ademán que denotaba suficiencia—. Eso lo dejo para vosotras, que aún creéis estar en edad de no tener problemas.

—Si supieras... —murmuró Flora lanzando una mirada divertida a su amiga.

—Me refiero a problemas de verdad —Filipa volvió a echar un vistazo brevemente a las dos amigas—, no a que un chico deje de gustarte y no sepas qué hacer con él o decidir qué ropa ponerte para ir a trabajar.

El ambiente dulce de la cafetería Olimpo acababa de volverse frío e incómodo.

—Mamá, no empecemos de nuevo —se quejó Camila. Estaba cansada de que su relación se basara en reproches—. Quizá con quince años yo era así, pero si te hubieras tomado la molestia de conocerme... —Decidió que era mejor callarse. Sabía que si seguían por ese camino terminarían con una nueva bronca de consecuencias impredecibles.

—No es necesario que vengas. Quizá sería mejor que fueras direc-

tamente a descansar. Sabré arreglármelas sola —respondió su madre mientras salía por la puerta.

Camila suspiró cuando Filipa desapareció camino del hotel. Tenía edad suficiente para haber construido su futuro y, sin embargo, la relación que mantenía con su madre no pasaba de la de una adolescente. Y lo cierto era que odiaba aquello. Odiaba que entre las dos no hubiera más que riñas y desencuentros. Frialdad al fin y al cabo. A veces pensaba que era culpa suya, que se había vuelto puntillosa e irascible, pero debía reconocer que su madre no hacía mucho por ayudar con aquella actitud arrogante.

Se puso de pie y arrojó un par de monedas sobre la mesa.

—Será mejor que entre a ayudarla, si no hoy tendremos un mal día.

Su amiga asintió. Ya había presenciado cientos de esos malos días y no le apetecía que una mañana tan luminosa se enturbiara con otra jornada gris.

—Suerte —le dijo lanzándole un beso—, y no dejes de escribir sobre ese tipo. Espero ansiosa tu próxima entrada.